

NEKAZARITZA EKOLOGIKOA DURANGALDEAN | LOS OLLEROS DE DURANGO | HARRIA ETA LARRUA
S.O.S. ARRIPOZUETA | ARQUITECTURA: EL PESO DE LA FORMA | SANTI KAPANAGA. OTXANDIOKO ERRETRATUGILEA
ARGIÑETA: UN LUGAR DONDE VIVIR HACE 1200 AÑOS | ARRAZOLA, UN FENÓMENO ASTRONÓMICO

astola

ikerketa eta historia

DURANGALDEKO URTEKARIA

14.zk 2020 • 5e

PASA

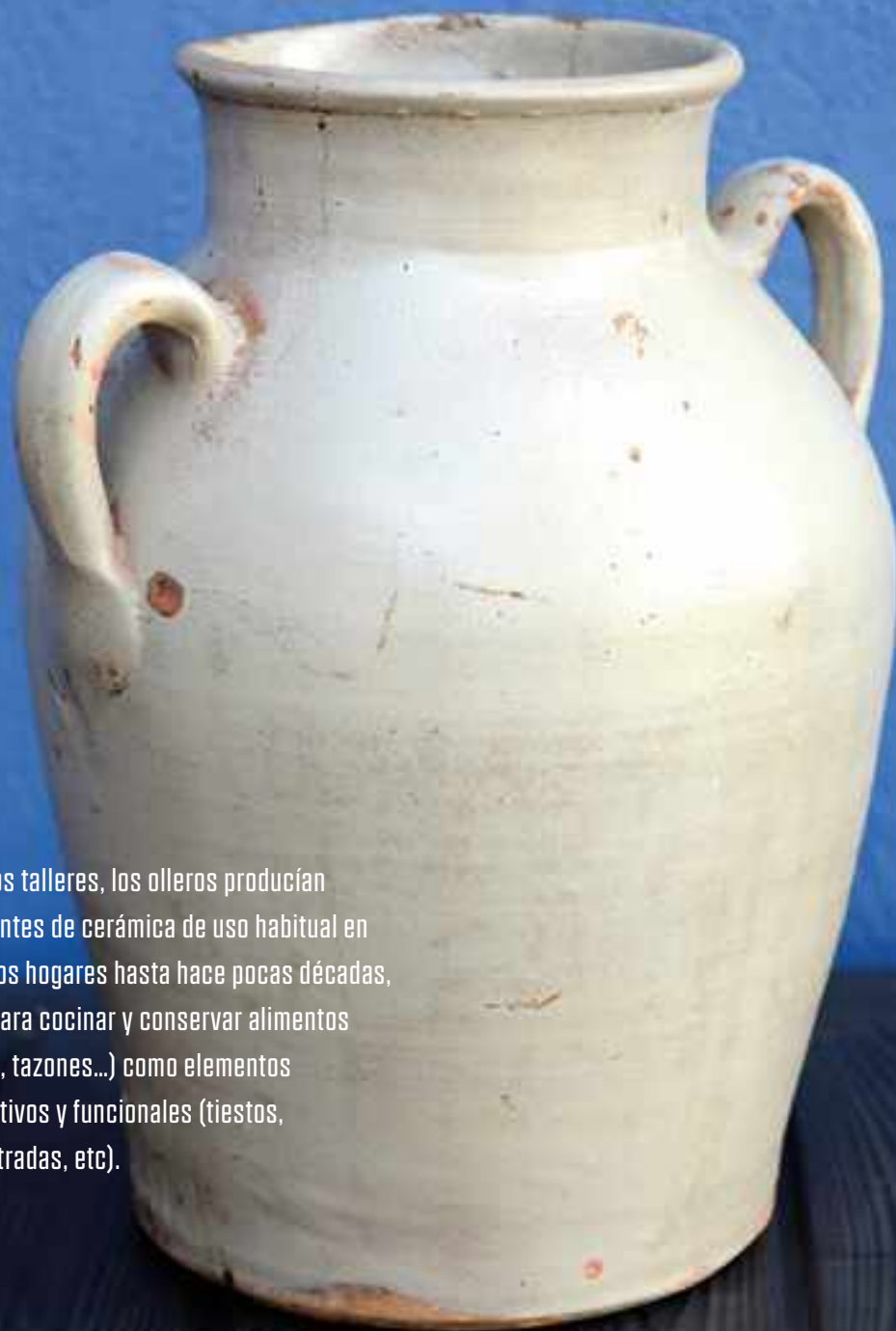




KATILLUENA MARKIEGI Y COMPAÑIA

🗨 Jose Mari Uriarte | 📷 Txelu Angoitia - Archivos

A mediados de este año fue derribado el edificio que albergó la ollería de Markiegi (Katilluena) en Fauste kalea de Durango. El edificio, sin su horno de cocer y despojado de los elementos que le concedían su singularidad de alfar, se encontraba en estado ruinoso.



En estos talleres, los olleros producían recipientes de cerámica de uso habitual en nuestros hogares hasta hace pocas décadas, tanto para cocinar y conservar alimentos (platos, tazones...) como elementos decorativos y funcionales (tiestos, balaustradas, etc).



📷 Familia Markiegi con muestra de piezas frente a su ollería.

Los ollereros en el Duranguesado

Las primeras noticias documentadas sobre la existencia de ollereros en el Duranguesado nos remontan al Durango del siglo XVI, al año 1527, donde trabajaba Martín de Margocho (*Enrique Iba-be — Notas sobre la cerámica popular vasca. 1980*). Hubo ollerías en Abadiño, Iurreta, Apatamonasterio y Durango pero no conocemos más datos de estos artesanos hasta el siglo XIX.

Uno de ellos sería Hilario Enbeita, que fue alfarero en Abadiño. Tenía su ollería en la carretera de Durango hacia Elorrio, antes del cruce de Mendiola. Se le quemó el taller, y entonces, se trasladó a trabajar a la ollería de Markiegi en Durango.



📷 Casa-ollería Markiegi.




De lurreta tenemos los nombres de varios olleros pero desconocemos la ubicación de sus talleres. Uno de ellos, Miguel López de Aretxaga vivía en esta anteiglesia desde 1879. Allí nacieron sus hijos Leonardo y Anselmo, que seguirían los pasos de su padre. Los tres se afincaron en Durango.

De esta villa hay datos sueltos sobre las ollerías. Una se derribó en 1892, en la calle Kurutzia, para hacer el palacio de Justo Garai. Más noticias tenemos de las últimas ollerías, la de Aretxaga, en el barrio de Magdalena y la de Markiegi, en el barrio de San Fausto.


Miguel López de Aretxaga era de Urrunaga, en Legutio. Tras pasar por lurreta, abrió su ollería en la calle Fray Juan de Zumarraga de Durango en 1892, donde había habido actividad alfarera en años anteriores. Enseñó el oficio al que sería su competidor, Manuel Makiegi. El taller de Aretxaga era conocido por la calidad de sus piezas. Su hijo, Leonardo Aretxaga, la cerraría en 1940.



 Pequeña-Ollería de Ramón Larringan en Apatamonasterio.

La última Ollería en funcionamiento en Bizkaia fue la de Ramón Larringan, en Apatamonasterio. Nació en 1906 en Amorebieta, había trabajado en la alfarería familiar del barrio Kortederra de su pueblo. Tras la guerra (1936-1939) se afincó en Apatamonasterio donde abrió su taller junto al caserío Jaunsolo, hasta su cierre en 1969.



 Trabajadores de la ollería de Aretxaga.

La ollería de Markiegi, Katilluena

No sabemos con precisión cuando se abrió esta ollería. En el año 1841 parece que inició su actividad una alfarería en San Fausto, dato que podemos confirmar en 1863, donde esa industria artesana aparece en una tejavana propiedad de Polonio de Momoitio (*Alberto Errazti: Toponimia de Durango*). Su primer ollero conocido fue Ramón Mentxaka, que la traspasó en 1908 a Manuel Markiegi (Durango 1868), que se asoció con Martín Bizkarra. A Manuel le sucedió su hijo Mariano Markiegi (Durango 1902).

Entrevistado Mariano Markiegi en la década de 1970 nos dejó una descripción del funcionamiento de su ollería que, a grandes rasgos, reflejamos en las próximas líneas.

La materia prima de su trabajo era la arcilla roja y blanca. La roja de nuestra comarca no valía para hacer cazuelas ni pucheros porque se cuarteaba con el fuego, así que la traían de un pueblo de Zamora. Con la blanca hacían las demás piezas: tazas, platos, jarras, cántaros, botijos, huchas, orinales, mantequeras, aguabenditeras o tiestos de distintos tamaños.

La arcilla roja la extraían de los alrededores de la ollería y, a partir de 1919, de la zona de San Roke y de Izurtza. La blanca la sacaban en Gerediaga, cerca de la ermita de San Salvador. Allí hacían pozos de 5 metros de profundidad, una operación que se hacía en verano y duraba 15 días. El material extraído les surtía para dos años.



Ese barro se limpiaba meticulosamente, quitándole las impurezas en unos pozos decantadores situados en un lateral de la ollería y luego, se pasaba por el cedazo. La víspera de su uso se pisaba el barro y antes de llevarlo al torno se volvía a sobar con las manos.

A continuación, el barro se pasaba al torno donde las expertas manos de los olleros le daban la forma convenida. La alfareros de Markiegi moldeaban el barro en cinco tornos que se manejaban con el pie, en jornadas laborales de 12 horas. Con Markiegi y Bizkarra, trabajaron Hilario Enbeita, que vino de Abadiño; Fidel Covarrubias, muy hábil con el torno; Juan de Urkiola, natural de Elosu, que trabajó hasta 1929, y Donato Galdós.



📷 Mariano Markiegi y su esposa.



📷 Casa en la que estuvo la ollería de Miguel López de Aretxaga.

Las piezas torneadas se ponían a secar al sol, alrededor de la alfarería, y luego se esmaltaban o vidriaban antes de pasar al horno. Este proceso servía para impermeabilizarlas y para evitar olores y distintos sabores que pudieran dejar los productos almacenados en ellas. El esmalte blanco era el más usual en nuestras ollerías y se preparaba con una mezcla de plomo, estaño y arena para convertirlo en un barniz que se impregnaba en las cerámicas.

El horno de cocción de Markiegi se situaba en la parte zaguera de la ollería. Sobrepasaba en altura su tejado; su cámara abovedada tenía 4'20 m de base por 4'4 m de altura y unos muros de piedra de 80 cm de espesor. Miles de piezas de distintos tipos se car-

gaban en su interior en tacas. El horno se cargaba con leña de roble y haya que traían de Orobio, Garai y Mañaria. Cada hornada se hacía una vez al mes y duraba unas 24 horas. Era la ollería más productiva de la zona.

Las piezas terminadas se envolvían en paja y se cargaban en carros para distribuirlas por distintos pueblos de Bizkaia y Gipuzkoa o se transportaban en tren para venderlas en las tiendas de Bilbao.

Con la sublevación de Franco (1936-1939), Durango conoció la muerte violenta y la desgracia desde sus inicios. Mariano Markiegi contaba que utilizaban el horno como refugio en los momentos de peligro.





© Obrador de la ollería Bizkarra-Markiegi.



© Ollería de Bizkarra-Markiegi.



© Jarra de Markiegi. Ollerias Museoa-Elosu




© La ollera Blanca Gómez de Segura de Elosu con pegarra de Markiegi.



© Torneando la arcilla.



 Museo de Alfarería Vasca de Ollerías-Elosu (Araba). Euskal Buztingintza Museoa - Museo de Alfarería Vasca

En el frente murió el ollero Donato Galdós, que iba a asociarse con Markiegi para impulsar la ollería. También murió su socio, Martín Bizkarra, muy afectado por el bombardeo de Durango. Estas muertes hicieron que la alfarería no volviera a abrirse.

Más tarde, con la aparición de materiales más ligeros y resistentes, la cerámica fue perdiendo su protagonismo en nuestros hogares y, en pocas décadas, desapareció esta industria artesana.

Las ollerías se abandonaron y el horno de Markiegi se hundió en una gran nevada en los años 70. La sensibilidad por la recuperación de este patrimonio era nula y parecía todo perdido.

Esta frustrante realidad la conoció muy bien Blanca Gomez de Segura, que aprendió el oficio del torno y de la arcilla con el veterano ollero José Ortiz de Zárate. Con duro trabajo, insistencia y gran esfuerzo económico, compró su ollería, en ruinas, la restauró, y creó el Museo de la Cerámica Vasca en Ollerías (Elosu – Araba), donde tiene su taller alfarero y gestiona una interesante colección de útiles cerámicos propiedad del Gobierno Vasco.

Jose Mari Uriarte
Investigador